

DIARIO DE UN TESTIGO
LA GUERRA VISTA DESDE BRUSELAS
(Roberto J. PAYRO, para *La Nación*)

Bruselas, noviembre (de 1914). Primera semana.

Inglaterra se apresuraría a correr en auxilio de Holanda y defender su frontera del este, si es que no lograba invadir desde el primer momento el territorio enemigo y el pequeño país de los molinos y los canales desempeñaría un papel trascendental. Y esto, que cambiaría total y rápidamente la faz de la guerra, sería para los belgas un acto de fraternidad al que se consideran con derecho, como si el sentimentalismo fuera todavía de este mundo, en que no hay ya Quijotes. La vecindad, la raza, la historia común, no tienen influencia ya.

Por el contrario, el espectáculo de las ruinas de que Bélgica está sembrada, las torturas y vejaciones que ha sufrido les presentan un ejemplo tal, que los holandeses están dispuestos a todo menos a romper la neutralidad y ver a su país tratado de la misma manera. Y quién sabe si el militarismo alemán no lo ha tenido en cuenta al entregarse a los actos de implacable crueldad que caracterizan su invasión, durante los primeros meses, y que ya no continúan con la misma ferocidad.

Entretanto, Holanda está obligada, por los tratados, a servir indirectamente a Alemania, dejando pasar en tránsito por el Rín las mercaderías de todas clases destinadas al imperio. Esto no quiere decir que ella misma deba proveerlo, y tanto es así que el gobierno holandés compra los víveres importados al país, para impedir que vayan a Alemania, provocando el justo enojo de Inglaterra. A esta última

le incumbe la misión de cerrar el paso a los cargamentos alemanes, porque una vez entrados en Holanda, el gobierno no tiene como impedir que vayan a su destino.

La neutralidad holandesa es, pues, favorable a los alemanes y perjudicial para los aliados. Éstos podrían hasta preferir que Holanda se pusiera abiertamente de parte de Alemania, porque en tal caso la bloquearían, privando tanto a la una como a la otra de los recursos que llegan por el Mar del Norte.

Pero, en el momento del balance final, sea quien quiera el que triunfe, Holanda tendrá que rendir cuentas de su actitud.

Alemania vencedora no le perdonaría sus restricciones ; Inglaterra triunfante no tendría por qué agradecerle las concesiones que por los tratados ha debido hacer a Alemania, permitiéndole

proveerse de todo lo imprescindible.

Y en el primer caso, cuando el imperio la hubiera anexo, antes de hacer lo mismo con el codiciado litoral neerlandés, Bélgica le gritaría :

- ¡ Holanda, Holanda ! ¿ Qué has hecho de tu hermana ? ...

Roberto J. Payró

PAYRO ; « *La guerra vista desde Bruselas. Diario de un testigo* (37) », in LA NACION ; 23/04/1915.